

VII

El casamiento de Luis Hérault Gandon con la señorita de Gravelle se realizó bajo los más felices auspicios. La abuela estaba loca de alegría, y por parte de la novia no había pariente que se quejara de que una joven noble, pero pobre, se casara con un industrial por rico que fuese. La posición de Elena fué regiamente asegurada. Su marido reconoció que aportaba un millón de francos al acervo común. Sin embargo, el notario de la familia Hérault, que para redactar el contrato tuvo necesidad de formar inventario de los valores que constituían el haber del futuro, no pudo disimular á Luis que las prodigalidades de su vida de soltero habían disminuído notablemente su fortuna. Seguía poseyendo las fábricas y las fincas de Boissise, sin contar los bienes personales de su abuela; pero lo que constituye un espléndido bienestar para las personas modestas, en tan sólo lo estrictamente necesario para los que están acostumbrados á vivir á lo grande. El lujo lleva consigo cargas abrumadoras y muchas existencias de la alta sociedad

exigen más economía en la distribución de los ingresos que las de personas de la clase media. Desde luego midió Elena las exigencias de la posición social en que estaba colocada, y con una lucidez y una rectitud de juicio incomparables arregló el presupuesto de la casa de modo que, sin disminuir el tren, que siempre había tenido, no excedieran los gastos de los recursos disponibles. Maravilló á su marido con su firme prudencia y encantó á la abuela, que nunca había sabido contar.

Por lo demás, Luis parecía otro hombre. Por complacer á su mujer se había consagrado á los negocios é iba á San Dionisio con más puntualidad que nunca. No se realizaba ninguno de los tristes pronósticos que se habían hecho sobre el destino del joven matrimonio. Es verdad que aun duraba la luna de miel, y que para un amor como el de Luis, seis meses de asiduidad no eran un plazo demasiado largo. Era indudable que adoraba á su mujer y no veía más que por sus ojos. Emilia estaba estupefacta. Creía que no se podía esperar de aquel muchacho, nervioso en lo físico y ligero en lo moral, otra cosa que caprichos, arrebatos y fuegos fátuos. Pero un cariño firme y duradero le parecía en él cosa nueva y lo tenía por un milagro de Elena.

Los primeros meses fueron para la joven esposa de encantos y venturas.

Su marido, poco aficionado á la sociedad, había abandonado las relaciones de su padre, pero orgulloso de Elena y deseoso de verla admirada, las reanudó y contrajo otras nuevas. Lereboulley le

ayudó mucho porque conocía á todo París. El hotel Hérault recobró sus pasadas suntuosidades y sus salones, resplandecientes de luz, se abrieron nuevamente. Elena, con una gracia sencilla y natural, se mostró perfecta ama de casa. Ni los más maldicientes encontraron nada que criticar en aquella encantadora advenediza de la fortuna. No por eso dejaron de atacarla, porque la perfección es para muchos el mayor de los defectos; pero como los ataques eran injustos no produjeron más resultado que excitar el entusiasmo de los admiradores de la joven, y como el mundo para formar juicio no toma más que el término medio de las opiniones, Elena fué clasificada entre las personas completas.

Satisfecha de verse favorablemente acogida se alegró sobre todo por Luis, cuya vanidad exaltó. Y la vanidad era la nota dominante de su carácter. Era uno de esos hombres que se arruinan porque se diga que tienen el mejor hotel, los caballos más hermosos ó la mujer más linda. Felizmente para él, su mujer que era la más linda, era también la más inteligente y le impedía hacer muchas tonterías. Él tenía que seguir siempre el impulso de otro. Antes le dirigía Thauziat, que le hacía pródigo con su carácter de gran señor, desdeñoso del dinero; pero Thauziat no era ya su compañero inseparable y desde el día que se alejó de Boissise con el corazón lleno de amargura estaba muy retraído.

Esto dió gran tranquilidad á Elena. Desde que pudo penetrar en los pliegues más íntimos del co-

razón de Luis, comprendió la influencia soberana que Clemente había ejercido en él. Comprendió que bastaría una palabra para que esta influencia se renovase. Después de odiar á Thauziat con todas sus fuerzas, Luis, satisfecho de su amor, había vuelto á recobrar su amistad de otros tiempos. Por otra parte, las impresiones duraban poco en aquel espíritu frívolo, y aunque hubiese tenido motivo para odiarle, su odio hubiera durado poco. Así, pues, desde los primeros días de su matrimonio, aceptó con alguna inquietud la obligación de ir de cumplido á casa de Lereboulley. Thauziat era allí uno de los íntimos y temía encontrarle. Se confió á Emilia que se quejaba de la poca frecuencia de sus visitas, pero la joven la interrumpió diciendo:

—No tiene usted nada que temer. Usted no conoce á Clemente... Se alejará de usted y no dirá ni una palabra que pueda disgustarla. Es desgraciado, pero no lo sospechará nadie porque tiene gran dominio sobre sí mismo.

En efecto, siempre que en una reunión ó en un baile, Elena veía á Thauziat, él se volvía á otro lado y un cuarto de hora después, justamente el tiempo necesario para no hacer notar la coincidencia de su salida con la llegada de la señora de Hérault, desaparecía. Este proceder constante llegó á disgustar á Luis, que creía que su antiguo amigo afectaba demasiado huir de él. Habían sido rivales, pero ésta no era una razón para desconocerse. Él no tenía resentimiento con Clemente; ¿por qué éste le había de guardar rencor? Una

desesperación de seis meses era suficiente y ninguna pena de amor debía durar más tiempo. ¿No tenía con qué consolarse aquel seductor tan poco acostumbrado á ser vencido? ¿No mostraban empeño todas las mujeres en hacerle olvidar las crueldades de que se mostraba tan resentido?

Reprochó á Elena que no se mostrase favorable á una reconciliación con Thauziat, pero en este punto la encontró inflexible y le dijo que era inútil volver á verse después de tan larga separación. Por otra parte las reconciliaciones son poco duraderas después de una ruptura, y en todo caso no le tocaba á Luis dar el primer paso. Si el señor de Thauziat recobraba su sangre fría y volvía á ellos con la franqueza de un amigo, no le rechazaría, pero su alejamiento sistemático era una prueba de que no había olvidado y convenía respetar su retraimiento.

—¿Temes que te haga la corte?—preguntó Luis con la seguridad un poco burlesca del que se cree amado.

—Tal vez—contestó gravemente Elena.

No quería confesar que una nueva intimidad con Thauziat la asustaba por Luis más que por ella. La casualidad se encargó de librarla de ese cuidado. A la mitad del invierno Lereboulley partió para Smirna donde iba á estudiar un gran negocio. Se trataba de un servicio de vapores que intentaba establecer entre Marsella y Siria. De paso, el senador quería detenerse en Corinto á fin de ver el emplazamiento escogido para la apertura del Istmo. Con él iba Thauziat, y Sir James se había

encargado de llevarlos en un yacht de vapor que acababa de comprar por complacer á su mujer. La *Sirena* era uno de los mejores barcos de recreo que había en Europa. Era de porte de cuatrocientas toneladas, navegaba quince nudos y su propietario lord Mellivan Grey lo cedía á su compatriota Sir Olifaunt, porque abrumado por la muerte de su hija, renunciaba á navegar. Cuando Sir James hizo la compra, Lereboulley lanzó gritos terribles. Aquello ya no era chucherías, ni cuadros, ni un yacht que podía ponerse encima de una mesa. Se necesitaba un capitán para dirigirlo, personal para tripularlo y carbón para alimentar la máquina. Además del coste de adquisición, esto significaba un gasto constante. Durante quince días no cesaron las recriminaciones del banquero á propósito del barco.

—¡Y aun si valiese algo!—decía—. Pero de seguro es un zapato viejo que no se tiene en la mar y se irá al fondo cuando menos se piense. ¿Y me ofrece usted navegar en él en esas condiciones? Usted está loco, decididamente loco... y espero que esta señora no se arriesgará en su compañía. A menos de estar también loca se quedará en tierra. Si usted se va á fondo, Sir James, todos le lloraremos, pero al menos se habrá salvado la pobre Diana.

É insistía rabiosamente en predecir á Sir Olifaunt tan siniestro fin. Parecía que hubiera deseado encontrarse en la costa, cuando la *Sirena* se fuera á pique, para disfrutar del espectáculo y estar seguro de que su pródigo amigo no había so-

brevivido al naufragio. Pero Sir James no cedía y contestaba con su flema de costumbre:

—Diana es quien ha comprado el yacht y está entusiasmada con la idea de dar la vuelta al Mediterráneo. Aseguro á usted que es precioso y ofrece la mayor seguridad.

—¡Un zapato, le digo á usted que es un zapato!—gruñía furioso Lereboulley.—Y se ahogarán ustedes todos. En cuanto á mí no me embarcaré en ese... zapato.

—Es un buen negocio.—replicaba Sir James,—y volviéndolo á vender se ganará dinero.

Lereboulley replicaba:

—¡Buen negocio!... Un barco viejo por cuatrocientos mil francos... Usted parece que no sabe lo que son cuatrocientos mil francos... Y habrá que pagar... piense usted en ello...

—Ya le he dicho á usted cuándo hay que hacer efectivamente el primer plazo.

—Sí, sí... es admirable, admirable—reponía Lereboulley ahogándose de rabia.

Entonces Sir James, agotada ya la paciencia, se adelantaba hacia el senador conaire tan feroz, que éste, calmado como por encanto, no se permitía contradecir más al que le aterraba. Por fin Diana declaraba, con su más deliciosa sonrisa, que estaba satisfecha, y este argumento ponía generalmente término á todos los debates empeñados entre Sir James y Lereboulley por acalorados que fuesen. El yacht había llegado al Havre. Resultó que era magnífico y estaba dispuesto con el mayor lujo y habiendo propuesto Diana una excursión por las

costas del Mediterráneo, el senador aprovechó la ocasión para hacer que le llevaran á Smirna. Era un medio agradable de pasar algunas semanas al lado de la bella y recobrar algo de su dinero. El viaje tuvo carácter de una fiesta y se habló de él más de lo que hubiera deseado Lereboulley, que guardaba mucho las apariencias á causa de la posición de Diana. Pero Emilia, que tratándose de la bella inglesa no conocía límites, comenzó á lanzar frases tan vivas, que aquel acontecimiento tomó proporciones fabulosas. Una noche que en casa de su padre preguntaban cuál sería definitivamente el puerto de estación del yacht de la señora de Olifaunt en el Mediterráneo, preguntó friamente:

—¿Pero no está bien indicado?

—¿Cuál?

—Citerea.

Estas maledicencias que Lereboulley no osaba reprimir, tanto por cariño como por temor, porque amaba y temía á su hija, eran para él un martirio. Si Emilia hubiera consentido en no seguir desgarrando á Diana con uñas y dientes, la hubiese dado todo lo que pidiera. Pero aquella desgraciada experimentaba como una especie de secreta voluptuosidad en destrozar á la hermosa mujer que tan cara costaba á la pasión de su padre. El resultado de aquella guerra de guerrillas fué hacer adelantar el viaje de los expedicionarios, y cuando menos lo pensaba supo Elena que Lereboulley volaba sobre las olas y Thauziat con él.

Con esto se creyó asegurada y pudo dejarse llevar libremente de su impulso. Se mostró radiante

de belleza y de felicidad. Generalmente cuando una mujer llama la atención en un salón, todas las demás se crispan instantáneamente y dirigen á la triunfadora miradas envenenadas. Elena tuvo el raro privilegio de ser admirada por los hombres, sin que la odiaran las mujeres. Gustaba, pero se comprendía que no abusaría; de aquí la indulgencia. En su conducta no había cálculo, sino espontaneidad. No tenía más ambición que apoderarse por completo del alma de su marido. A esto consagraba todos sus cuidados, obteniendo el extraño resultado de hacer aumentar el amor que profesaba á Luis, sin que aumentara el que Luis la profesaba á ella. A fuerza de pensar á todas horas en aquel lindo, rubio, acabó por adorarle, de modo que cayó en sus propias redes. Él estaba con todo muy enamorado y más aún los días en que sentía halagado su orgullo por los elogios que merecía Elena.

Un acontecimiento fácil de prever interrumpió los éxitos de la joven; se hizo embarazada y tuvo que adoptar algunas precauciones. La alegría de la señora de Hérault no tuvo límites, y Luis participó de un modo conveniente del entusiasmo general. No le gustaban mucho los niños, pero al pensar que iba á tener uno suyo, sobre todo si era varón, vibró en su corazón una fibra hasta entonces insensible. Dió á su mujer pruebas de la mayor ternura, y cuando le fué desagradable mostrarse en público, con su talle deforme, pasó todas las veladas con ella.

Volvieron al salón del hotel las dulces intimidades que habían precedido al matrimonio, cuando

Luis, atraído á la casa por el encanto de Elena perdía la noción del tiempo, y cuando á las doce de la noche su abuela se levantaba para irse á la cama, preguntaba con asombro: «¿Ya?» Después de casado mostraba menos ardor, pero casi tenía más mérito. Después de un día pasado en San Dionisio, en medio de sus contra maestros, ¿hubiera podido desear un placer más vivo que la tertulia con su abuela y su mujer? Lo aceptaba con mucho gusto y cuando Elena le decía:

—Aquí te aburres. Vete al teatro donde hacen una comedia nueva.

—No — contestaba. — La representarán mucho tiempo; iremos á verla juntos.

Entonces su mujer se acercaba á él, se alisaba suavemente con la mano la rubia cabellera, le miraba hasta el fondo de sus ojos azules y, viéndole sonriente y satisfecho, le besaba con todo el transporte del amor venturoso. Había leído mucho y tenía riquísima imaginación, su conversación era amena y lograba ocupar los ocios de Luis, que la admiraba, comprendiendo los esfuerzos que hacía por distraerle. A cada momento hablaba de acontecimientos que él ignoraba y de hombres que desconocía. De este modo fué Luis poco á poco formándose una gran idea del valor intelectual de Elena, á la que consultaba hasta sobre la marcha de los negocios. Algunas veces decía ella riendo:

—Si tu abuelo Hérault me hubiese conocido hubiera querido colocarme en sus oficinas... Y no habría hecho mal; yo sería un buen contador.

Aprovechaba la confianza de su marido para iniciarse en el movimiento de su industria. Descubrió que en el producto de las fábricas de San Dionisio había no sólo una cuestión de fabricación, sino también una de agiotaje. El precio del cobre es susceptible de muchas alteraciones y según se manifestaba el alza ó la baja, los resultados podían ser buenos ó malos. La habilidad consistía en almacenar materiales cuando estaban baratos y fabricar aparatos que se vendían siempre muy caros. El cobre estaba muy abundante desde hacía algunos años. Una gran fuente de beneficios se había agotado para los productores de mineral, desde que las diferentes naciones del globo habían sustituido el bronce por el acero para construir cañones. Además se habían descubierto nuevas minas, y España particularmente perdía mucho por la depreciación del metal. Felizmente Lereboulley había obtenido por cuenta de la fábrica un importante suministro de cápsulas para cartuchos de guerra, y además el famoso negocio del cable de Brest á Panamá estaba en vías de realizarse.

Elena, sin embargo, sentía una inquietud. Había notado la tendencia de Luis á especular. Soñaba con operaciones complicadas para ganar dinero, vendiendo ó comprando cobre en bruto, en lugar de ingeniarse para poner sus talleres á cubierto de toda competencia por el perfeccionamiento de la fabricación. Ella le impulsaba con ardor en este sentido, estimulando su indolencia física y esforzándose por vencer su aversión natural al trabajo. Comprendía que él hacía lo que podía y con una

indulgencia en cierto modo maternal, le compadecía por los esfuerzos que tenía que hacer para vencer sus costumbres. Pero Luis ocupado era su salvación propia. Emilia se lo repetía á todas horas y no necesitaba ella tales advertencias para comprenderlo.

La anciana señora de Hérault, que no había visto nunca á su nieto apasionarse más que por tonterías, encontraba prodigioso el partido que Elena había sabido sacar de él. No hubiera sido necesario insistir mucho para que creyese que aquello era un milagro. Pronto iba á tener otro motivo de maravillarse: una noche, á eso de las once, le nació sin gran dificultad, pero no sin gran emoción de todos, un biznieto, y por la segunda vez de su vida Luis lloró de alegría.

Sentado cerca del lecho de su mujer, luego que Elena recobró la posesión de sí misma, mientras que bajo la encantada mirada de la abuela, el nuevo Hérault bebía como un hombrecito agua de azahar en una copa, pasó una de las horas más felices de su existencia. Elena, recostada, pálida y sonriente, en medio de encajes, no le hablaba, pero tenía la mirada fija en sus ojos con la orgullosa alegría de la maternidad. Luis deseaba un hijo y se lo había dado. En cambio no le pedía más que la prudencia que debía asegurar su tranquilidad.

—¿Estás contento?—le preguntó.

—¡Oh!—exclamó él en un arranque de profunda ternura.

—Ahora tienes que ser dos veces razonable: por él y por mí.

Luis no contestó, pero inclinándose hacia ella le dió en la frente un beso, que valía más que todos los juramentos.

El día siguiente hubo entre la familia de la interesante enferma y el médico que la asistía, el ilustre Rameau de Ferrieres, una conferencia para decidir si la madre podría criar al niño. Elena lo deseaba locamente, y la anciana, que había criado á su hijo, apoyaba á su nuera. Luis hacia algunas objeciones, y por la rareza del caso, es justo hacer constar que entre todos los presentes era el único que discurría con buen sentido. Rameau, á quien se sometió la cuestión para que fallara en definitiva, comenzó por declarar que Elena *podía* perfectamente criar á su hijo. Tenía leche y sería una excelente nodriza. En cuanto á si *debía* hacerlo, le parecía raro hasta que se le preguntase conociendo sus ideas. Muy imbuido de socialismo, el ilustre práctico después de citar á Juan Jacobo Rousseau, acabó por sentar la absoluta necesidad de la lactancia materna. Luego añadió, mitad en serio y mitad en broma:

—Todas las mujeres deben de ser iguales ante la maternidad, como todos los hombres ante la ley. Una joven no tiene el derecho de sustraerse á la deuda de leche, como un hombre al impuesto de sangre... Tener hijos es para la mujer el modo de pagar su deuda á la patria; alimentarlos es pagar su deuda á la familia. Es claro que así como no se lleva á los inútiles y lisiados á servir en el ejército, tampoco se puede hacer criar á una mujer que no tiene leche. Pero entonces, nada de reemplazo por

una mercenaria: la mejor leche es la de una cabra ó de una burra, á riesgo de que el niño salga caprichoso ó terco.

Y añadió volviéndose á Hérault:

—¿Es esto lo que usted desea?

Luis se vió obligado á decir que lo sentiría mucho. Enemigo como era de la discusión, no se tomó el trabajo de llevarse á Rameau para oponer á sus razones físicas, que no dejaban de tener valor, razones morales que tenían mucha más importancia, á saber: que una lactancia le alejaría forzosamente de su mujer, y que le importaba mucho no interrumpir una intimidad que hasta entonces había asegurado su dicha. Solicitado por Elena, combatido por Rameau y acosado por su abuela, que no tenía ni la más leve sospecha de los peligros que hacía posibles, Luis cedió. Esta fué la primera y tal vez la única falta que cometió Elena en la batalla que había empeñado contra la vida.

Con una gran rectitud de juicio, carecía aún de experiencia. Creyó ligar á su marido más estrechamente al hogar, dándole por cadenas los brazos del niño. No adivinó que ella sola era quien le encadenaba y que el hogar transformado en convento, no gustaría mucho tiempo á aquel loco, apenas corregido y siempre á dos dedos de romper la clausura. Hizo por el bien una de tantas cosas como se hacen en el mundo y con mal resultado. Desgraciadamente la línea de conducta que había adoptado, no era de las que pueden rectificarse con facilidad, y en el tiempo que debía durar aquello ¡cuántas malas costumbres podían renovarse!

No tardó Elena en sentir los primeros efectos de su resolución. Cuando enteramente restablecida se levantó y volvió á su existencia normal, trató en vano de llevar á su marido á su habitación. Había vuelto á instalarse en su cuarto de soltero, y allí se encontraba muy á sus anchas. Pretextó la salud de la madre y la del niño y dió á entender que la dejaba sola para que tuviera libertad de hacer que la llevaran su hijo durante la noche. Estuvo cariñoso y firme y á falta de buenas razones, tuvo sonrisas tiernas y significativas. Elena hubo de ceder y encerrada en su maternidad como en una fortaleza, no se dió cuenta de que para que la plaza fuese inexpugnable, era necesario ante todo que el marido no estuviese fuera.

Sin embargo, no tenía motivo de queja: Luis era ejemplar, redoblaba su actividad en los negocios y quiso recobrar la casi totalidad de las acciones de su casa de San Dionisio, á lo cual se prestó Lereboulley de muy buen grado. Hérault parecía, pues, dispuesto á continuar la obra de su abuelo y á ganar valientemente con su trabajo lo que había perdido con su ociosidad. Había pasado la primavera, en la que el joven matrimonio había estado tan gravemente ocupado y se acercaba el fin de Agosto. Elena, que había soportado bien los calores, gracias al frondoso jardín del Faubourg-Poissonnière, manifestó deseos de ir á pasar algunas semanas en Boissise. Sin duda el viaje de Evreux á París, sería molesto para Luis si tuviera que hacerlo muchas veces; pero aquella era la época de paralización de los negocios y la fábrica dor-

mitaba como un enorme animal tendido al sol.

Gran alegría experimentaron los jóvenes esposos viendo de nuevo aquel hermoso país, donde volvieron á encontrar las deliciosas impresiones del año anterior. El parque con sus calles sombrías, los lagos con sus aguas límpidas, sobre las cuales flotaban los cisnes majestuosos y melancólicos; los espléndidos jardines llenos de flores, el banco en que habían cambiado las primeras palabras que les unieron uno á otro, todo les encantaba. Repitieron los dos aquellos paseos tan agradables, y se olvidaron de todo lo que no era su amor, viviendo entregados á un egoísmo delicioso.

Si en aquel período de su existencia Elena hubiera podido completar los puros goces morales de Luis con satisfacciones menos etéreas, si no se hubiese visto obligada á encerrarse en un platonismo absoluto, habría, sin duda, ligado á su marido con lazos muy difíciles de romper. Pero todo lo que prodigaba de gracia física y de ingeniosidad intelectual no reemplazaba para aquel hombre joven y ardiente las dulzuras de la posesión. Cuanto más agradable se hacía, mayor era el peligro, puesto que ella misma alimentaba un incendio que no podía extinguir.

Vuelto de su excursión á Oriente, Lereboulley había emprendido de nuevo sus inmensos negocios. Su permanencia á bordo de la *Sirena* se había prolongado algo más de lo que hubiera querido. Pero una vez embarcado no podía resistir á los caprichos de Diana, y si hubiera sido sincero, hubiese confesado que no le dolía el tiempo que per-

dia en seguir, nuevo Antonio, á aquella seductora Cleopatra. Thauziat, al cabo de algunos días, recobró su presencia de ánimo y las nubes de su frente se disiparon. Sus compañeros de viaje volvieron á verle como de costumbre brillante, ingenioso, pero con un tinte de amargura misantrópica que debía ser en adelante el sello especial de su ingenio. Aquel vencedor había conocido el vencimiento y en toda su vida podría desechar su punzante recuerdo. No hablaba nunca de Luis ni de Elena, ni soportaba que le hablasen de ellos. Diana se atrevió á hacerlo una vez, pero fué tan rudamente acogida, que no le quedó gana de repetir la prueba.

Era evidente que Thauziat tenía aun abierta en el corazón la herida de su amor. Indudablemente llegaría un momento en que se pudiera sacar partido de esta circunstancia. Diana pensaba en ello muchas veces, y en el secreto de su pensamiento formaba el dulce proyecto de vengarse sin misericordia de Luis, que la había despreciado insolentemente y de aquella Elena que era honrada, altiva y feliz. Tendida en unos almohadones en la proa del buque, la bella inglesa dejaba vagar sus ojos por el azul del cielo, acariciando estos ensueños feroces, mientras Lereboulley jugaba terribles partidas con Sir James, repleto de grog, y Thauziat subido en el puente tiraba la corredera para distraerse.

Así habían llegado á Smirna, visitado Jerusalem y los Santos Lugares, hecho escala en Constantinopla y atravesado el archipiélago para ir á

fondear en el Pireo. Atenas, donde se prometían maravillas, les pareció un poblachón mezquino y sucio. Dejaron desencantados aquella Grecia que los maravillosos relatos de los poetas les habían hecho imaginar tan grande, tan espléndida y que no era en suma más que un país parduzco donde los bosques son matorrales, los ríos arroyos y las ciudades pueblos.

—Grecia—declaró Thauziat—no existe más que en los libros clásicos. Es un país quimérico creado por la literatura antigua. El que quiera encontrarla no la debe buscar al sud-este de Europa, debe leer á Homero, Sófocles, Aristófanes y Heródoto. Es un fantasma brillante adornado de recuerdos inmortales que conviene dejar en su sombra sagrada. Si se la evoca no se ve más que un esqueleto descarnado y miserable. Byron era un loco, Sir James, ó más bien un vanidoso que quiso hacer alarde de su poder sobre el espíritu de sus contemporáneos resucitando un cadáver. Murió en él y ese fué su castigo.

Sir James levantó la vista de las cartas durante un segundo y dijo:

—Byron era un gran poeta; vendía sus obras á guinea el verso.

—¡Bravo, Sir James! ¡Siempre poético!—exclamó Thauziat.

Los viajeros regresaron á Marsella, desde donde volvieron á París. Era el mes de Mayo y Elena estaba entonces en el colmo de su embriaguez. Lereboulley fué al Senado á emitir algunos votos, tomó la palabra en varias comisiones en que tenía

influencia, puso al corriente todo el trabajo que había atrasado y en algunas semanas recobró en la Bolsa lo que le había costado la *Sirena*.

En cuanto á Thauziat nunca brilló tanto como en las primeras semanas que siguieron á su regreso. Parecía que estaba poseído de algún demonio. Tuvo una aventura de las más ruidosas con la mujer del barón Oppenger, el rico banquero alemán que ha dado tanto que hacer á la policía correccional, sin que parezca afectado en lo más mínimo. Habiéndose apoderado de la anécdota los periódicos que la contaron con todos sus detalles, se batió en dos días con dos de los más venenosos escritores de la prensa escandalosa y á los dos los tendió en el terreno. Talló toda una noche á banca abierta en el círculo y ganó á los puntos ciento cuarenta mil francos, que al día siguiente envió á los hospitales. Ganó en las carreras de Auteuil el gran premio internacional con *Braconnier*, un caballo que compró por tres mil francos. Dió tanto que hablar en todas partes, que durante un mes fué el hombre á la moda.

Cuando estaba más en boga, Lereboulley tuvo una noche necesidad de hablar con él, y habiéndole esperado en vano, fué á su hotel. Amigo íntimo, indicó al criado, con un gesto, que era inútil que le anunciase y entró sin detenerse en el gabinete de Thauziat, á quien sorprendió tendido en un sofá, llorando á lágrima viva. Aunque Clemente se repuso al momento y trató de disimular con el senador, éste que había visto lo que pasaba, se esforzó por arrancarle una confidencia. Thauziat

se hizo el desentendido. Habló con gran animación, se chancó un poco y dió acerca del negocio que preocupaba á Lereboulley todos los detalles apetecibles con lucidez extraordinaria. Sin embargo, después de haberse presentado en todas partes, se encerró en su casa, presa de un mal humor tan vivo y violento que no podía soportar ni la luz de sus habitaciones. Por fin recobró algún tanto la calma, y habiendo decidido Lereboulley ir á Evreux la semana siguiente, aceptó una invitación para instalarse con él.

Los señores de Olifaunt eran también de la partida. Había sido un capricho de Diana. Emilia, que en París recibía á la bella inglesa, declaró formalmente á su padre que no la recibiría en el campo. Después de un cambio de frases suplicantes por parte de Lereboulley y acerbas por la de Emilia, el padre y la hija llegaron á un acuerdo. La permanencia de la señora de Olifaunt no se prolongaría más que quince días, y durante estas dos semanas Emilia residiría en Boissise, donde seguramente la recibirían con los brazos abiertos.

La joven tenía desde mucho tiempo antes un proyecto que podría realizar en esta ocasión. La iglesia de Theil, parroquia del castillo, construcción muy antigua de estilo romano, tenía en las paredes pinturas murales muy curiosas que representaban pasajes de la Pasión. El tiempo había deteriorado mucho aquellos lienzos, hasta el punto de que algunos de ellos no conservaban más que débiles vestigios de color. Emilia, que tenía con el cura muy buenas relaciones con motivo de las obras

de caridad que hacía, le había dicho varias veces:

—Estas pinturas están perdidas, señor cura. Será preciso que yo venga un día con mis pinceles para que siquiera parezcan algo.

Ocupada por las obligaciones de su vida agitada y por la necesidad de atender á los invitados de su padre, no tuvo nunca Emilia tres semanas libres y pensó en aprovechar aquella ocasión para trabajar á su gusto. Desde Boissise á Theil hay un trayecto de dos kilómetros en pleno bosque por caminos deliciosos conservados como las calles de un jardín inglés. Al día siguiente de llegar al castillo de sus amigos, Emilia puso en un carruaje su caja de colores, sus pinceles, sus tientos, todos los útiles que había preparado y marchó por la mañana á su «cantera», como decía alegremente. Debía almorzar en el jardín del presbiterio con provisiones que llevaba, y sus amigos ofrecieron ir al medio día para ver su trabajo.

El mismo día en que la señorita de Lereboulley había empezado á trepar por una escalera en la iglesia de Theil, Diana, Sir James, Thauziat y algunos jóvenes bolsistas, llegaron á Evreux y se instalaron en casa del senador. La propiedad del gran elector del departamento está situada á cinco minutos de la ciudad, en la orilla del Iton. Un extremo del parque llega hasta la población y la otra parte linda con el bosque de Boissise. La habitación, construída con algunos de los materiales del antiguo castillo de Navarra, por el padre de Lereboulley, data de 1838. Es un gran edificio blanco, estilo Luis XV, con dos cuerpos laterales y una

hermosa escalinata de ocho escalones. En el interior reina un gran lujo. Los más preciosos objetos de arte se encuentran amontonados con tal profusión en los salones, que en Evreux llaman al castillo el museo Lereboulley. El parque formado por trozos de terreno comprados en varios lotes, ha costado un ojo de la cara. Cuando Lereboulley pasea á sus convidados por ciertos lugares de su finca, suele decirles: «Aquí, amigos míos, un poco de recogimiento, pisamos monedas de veinte francos.»

Aquel parque de sesenta hectáreas, cuajado de árboles seculares, puede rivalizar con el de Boissise. El lujo en flores es aun más exagerado que en casa de la señora de Héroult. El senador ha confiado la dirección de sus jardines á ingleses que hacen maravillas. Las estufas de parras atraen la curiosidad de los aficionados de toda Europa. Los productos más bellos y variados se encuentran allí, en plena madurez desde Mayo hasta Febrero. Así es que en la mesa del senador hay uvas frescas todos los días del año. Todo está allí bien dispuesto. Hace algunos años tuvo Lereboulley el capricho de la piscicultura. El Iton atraviesa su parque y alimenta un estanque soberbio. Varios estanques graduados con arreglo á la edad de las truchas y puestos en comunicación por canales de cemento, mantienen en el criadero un agua fresca y clara. Verjas de hierro detienen á las truchas pequeñas que se alimentan de sesos de carnero y moscas, obtenidas artificialmente. Una cascada de diez metros de elevación sirve de portazgo al lago

por el cual cruzan como relámpagos peces plateados. Lereboulley, que quiere obtener un resultado práctico hasta de sus caprichos, envía todos los años en cuaresma diez mil truchas al mercado. Por eso Thauziat, un día de buen humor, puso en el sobre de una carta que le escribía: «Señor de Lereboulley, senador y pescadero,» lo que produjo en Evreux una gran indignación.

Instalados en aquella suntuosa morada, los invitados emplearon dos días en visitarla. Una vez satisfecha su curiosidad, comenzaron á experimentar el cansancio de todo parisiense que se encuentra cuarenta y ocho horas lejos del Boulevard. Lereboulley, secuestrado por Sir James, que le hacía sufrir á la búsiga derrotas desastrosas, puso las caballerizas á disposición de sus huéspedes.

Todos los días, á las tres, cuando empezaba á ceder el calor, una cabalgata, á cuya cabeza iba Diana, salía por la puerta del parque y se dirigía hacia Boissise. La bella inglesa, con amazona de paño azul, chaleco de piqué blanco y un sombrero de castor gris, con ancho velo, seguida de tres ó cuatro jinetes, entre los que se encontraba Thauziat, corría á la ventura y sin dirección fija. Sin embargo, conocía perfectamente el país, porque se había tomado la molestia de estudiarlo en un mapa que había en el gabinete de Lereboulley. La indiferencia de Diana estaba tan bien representada, que Thauziat se dejó engañar, sin adivinar los proyectos que forjaba aquella mujer perversa. Tal vez él mismo estaba tan absorto en sus pensamientos, que parecía le había abandonado su pro-

verbal penetración. Pero desde hacia cuatro días, la señora de Ollifant giraba alrededor de Boissise, estrechando cada vez más sus vueltas, como un gavilán que vuela formando grandes círculos sobre su presa para fascinarla y aturdirla.

Una tarde, á eso de las cinco, excitaron grandemente la curiosidad de la aldea de Theil las pisadas de cuatro caballos, cuyas herraduras resonaban en el piso de la calle. Los perros que dormían á la sombra ladraron, y las gallinas que picoteaban el suelo, huyeron espantadas á los corrales. Algunos niños y mujeres salieron alarmados de las casas. Era Diana que pasaba con su escolta. Los caballos tenían calor y los jinetes sed. En la plaza había un fígón con sus ramos de clemátidas en la puerta.

—Paremos aquí—dijo Diana á sus satélites.— Si hay cidra fresca beberemos y entre tanto respirarán los caballos... A todos nos vendrá bien.

Thauziat, echó pie á tierra, levantó á Diana de la silla y los cuatro expedicionarios se sentaron bajo un cobertizo. No hacía aun cinco minutos que estaban allí, cuando un duque tirado por dos jaquitas pasó por delante de ellos y fué á parar á la sombra delante de la iglesia.

—Ese carruaje es de Lereboulley—dijo Diana.— Conozco la librea... Veamos, señores...

Los caballeros dieron algunos pasos y se acercaron al cochero que estaba delante de sus jacas.

—¿Sirve usted al señor de Lereboulley?—preguntó Thauziat.

El cochero se quitó el sombrero.

—Sí, señor—contestó—; pero vengo de Boissise... Estoy al servicio de la señorita Emilia.

—¡Ah! ¿Está aquí Emilia?—dijo la señora de Ollifant, frunciendo el ceño.

—Sí, señora, con la señora de Hérault. La señorita trabaja en las pinturas de la iglesia.

—Thauziat, vamos á ver eso—dijo la hermosa inglesa.—Debe ser curioso. Señores, espérennos ustedes un momento.

Clemente siguió á Diana, pero al llegar á la puerta de la iglesia se detuvo.

—No entremos, amiga mía. ¿Qué tenemos que hacer ahí? Molestaremos á la señorita de Lereboulley que sin duda estará en traje de estudio.

—Y, sobre todo, encontraremos á la señora de Hérault y usted la tiene miedo, eso es evidente—interrumpió Diana con risa malévola.

—Sí, la tengo miedo—contestó él fríamente.— Por lo tanto, vámonos.

—Pues yo no temo ni á la bella Elena, ni á la prudente Emilia... y entro.

Thauziat hizo un movimiento para detener á Diana, pero la conocía demasiado para saber que una vez expresado su deseo, no renunciaría á satisfacerlo. La acompañó, pues, un poco inquieto, temiendo más bien una maldad que una torpeza.

Al volverse á cerrar la puerta de la iglesia se encontraron sumidos en profunda y fresca obscuridad. Las ventanas del lado izquierdo habían sido cubiertas con cortinas para evitar la falsa luz. Sólo las ojivas de la derecha dejaban entrar la claridad y las capillas parecían de este modo más desnudas

y desmanteladas. Delante del altar de la Virgen había un andamio de un metro de altura y en él se encontraba Emilia con el pincel en la mano. Al extremo del tabladillo, sentada en una silla de paja, Elena con su hijo en brazos, servía de modelo.

Era una Natividad que la señorita de Lereboulley había empezado á restaurar. El rostro de la Virgen estaba completamente borrado y no teniendo modelo á su disposición, la joven había rogado á su amiga que la consagrara tres ó cuatro tardes. Vestida de blanco, con sus cabellos castaños, cayendo en dos trenzas sobre la frente, la mirada fija en el niño sonrosado y blanco, lo mismo que un ángel de Murillo, Elena ostentaba una belleza divina. Un rayo de sol que iluminaba su rostro, proyectaba en su cabellera reflejos de oro y rodeaba su cabeza de un nimbo misterioso. Diana y Clemente se detuvieron un momento en la sombra del baptisterio, mirando aquel cuadro interesante. Había en todo aquello un encanto de pureza que la bella inglesa sintió el corazón oprimido y dejó escapar un suspiro. Dirigió una mirada á Thauziat y le vió sombrío y pensativo. Entonces murmuró con envidia:

—¡Son felices!

—Si—añadió Clemente con amargura—y merecen serlo. Son corazones puros que se contentan con los goces sencillos de la vida, sin buscar las emociones devoradoras de los placeres excesivos... Vea usted el cuadro de la existencia actual de esas dos mujeres; una pobre iglesia de aldea llena de sombra y de silencio, y las dos aquí tranquilas y

satisfechas de contribuir juntas y cada una en la medida de sus fuerzas á una obra útil... ¿Iría usted, Diana, á servir de modelo para vírgenes durante horas enteras, sobre unas tablas mal sujetas? No; esos goces no son para todo el mundo. Nosotros, querida amiga, necesitamos los del lujo...

Sus labios se contrajeron con una sonrisa:

Diana le miró moviendo la cabeza y dijo:

—En vano quiere usted disimular, mi pobre Clemente. Usted padece. Pero ¿la ama usted todavía?

Él no contestó y su rostro siguió impassible y frío.

—Vámonos—dijo la señora de Olifaunt con verdadera lástima.—Tenía usted razón. No debíamos de haber entrado.

Dió algunos pasos hacia la puerta, pero la voz de Emilia se elevó sonora bajo la bóveda de la iglesia.

—¿Quién anda ahí?—preguntó la joven.—Oigo hablar desde hace un momento. ¿Es usted, señor cura?

Las tablas del andamio crujieron bajo su peso. Iba á bajar.

—Nos han cogido—dijo Diana.—Es preciso salir del paso.

Y adelantándose hacia la capilla, salió de la sombra.

—¡Ah! ¿Es la señora de Olifaunt!—exclamó Emilia.—¿En una iglesia? ¿Por qué casualidad? ¿Quiere usted abandonar la religión reformada y convertirse al catolicismo? Pero ¿quién es Thauziat el que está con usted?

Al oír este nombre, Elena se estremeció y se puso pálida. Dirigió sus miradas á Emilia como para interrogarla y la vió tan agitada como ella.

—Mi querida Emilia—dijo con displicencia Diana—, nos hemos detenido en este pueblecillo y hemos sabido que usted trabajaba en la iglesia. El señor de Thauziat y yo hemos cedido á la tentación de admirar sus obras, pero el cuadro vivo que hemos visto al entrar, nos ha parecido tan bello, que no hemos pensado en mirar las pinturas.

—Mi querida Elena, esto va con usted, dijo Emilia con risa nerviosa. ¿Cómo es, Clemente, que no se le ha ocurrido á usted? Se ha dejado usted ganar por la mano, amigo mío.

—El señor de Thauziat ha podido pensarlo sin decirlo, respondió tranquilamente Diana, examinando el trabajo de Emilia con un lente de concha que le daba un aire de superlativa impertinencia.

Clemente, después de saludar á la señorita de Lereboulley se había acercado á Elena que, muy turbada, levantó maquinalmente la mano. Él pareció no verla y no hizo más que inclinarse.

—Vamos, Emilia, veo que hace usted la competencia á Rafael, añadió la señora de Olifaunt. Muy bien, esa virgen... Muy bien, muy bien. El niño, sobre todo, es delicioso... casi tanto como el original.

Se inclinó hacia el niño, que sonreía á sus ojos azules y á sus cabellos de oro, y tendía sus bracitos como para echárselos al cuello.

Emilia dijo á Diana con ironía feroz:

—Vea usted, amiga mía. Es un niño... Ya quiere besar á usted.

—Yo soy quien le besaré, si su mamá lo permite, contestó Diana sin perder su sangre fría.

Se inclinó hacia el niño y le besó delicadamente.

—Aun no se puede saber á quién se parecerá, añadió. Mire usted, Thauziat.

Clemente permaneció inmóvil, pero dijo con voz grave:

—Yo deseo que en todo se parezca á su madre.

Y saludando á Elena dió algunos pasos y se apartó del grupo.

—¿No le pone usted nada al cuello, señora? preguntó la inglesa. Creo que hace usted mal. Yo he traído de Siria preciosos collares de coral; hágame usted el favor de permitir que envíe uno al pequeño. Verá usted cómo lucen las cuentas encarnadas sobre su cutis blanco.

Sin dar á Elena tiempo de contestar saludó y dijo á Emilia:

—¿No tiene usted ningún encargo que darme para su padre?

—Sí, contestó la señorita de Lereboulley; dígame usted que espero que pronto podré volver á su casa.

Saludó amistosamente á Thauziat y sin cuidarse más de Diana se puso otra vez á pintar.

—Ha estado usted muy dura con esa pobre mujer, dijo Elena. Creo que merece algo más de indulgencia.

—¿Porque ha elogiado y besado al niño? interrumpió Emilia. No se deje usted engañar por su

hipocresía. Usted no la conoce y ojalá no la conozca nunca. Téngala usted siempre á distancia de sí y de los suyos. Aproveche usted mi advertencia, porque esa mujer puede proporcionar á usted un peligro grave.

Elena pensó en el primer encuentro que había tenido con la bella inglesa, en la exposición donde Emilia había presentado su retrato. Recordó los ojos de Diana llenos de odio incomprensible, y se le oprimió el corazón. Sus miradas se fijaron en Periquito, que se había dormido tranquilamente en sus rodillas. Lo estrechó contra su pecho y le pareció que con semejante coraza ningún golpe podía herirla.

Diana y Thauziat habían atravesado la iglesia. En el momento de abrir la puerta dijo aquélla:

—No es habladora la señora de Hérault. Ni siquiera nos ha dejado oír su metal de voz. Pero es bonita... Comprendo que le guste á usted.

Salieron y quedaron un momento deslumbrados por la luz del día, cuando sus ojos se habían acostumbrado ya á la obscuridad. Sin embargo, desde luego creyeron distinguir que el grupo de los que les esperaban á la puerta del figón se había aumentado. Se acercaron y vieron á Luis Hérault hablando con sus amigos. Llegaba de Boissise á pie por el parque, y al atravesar la plaza oyó con asombro que le llamaban. Había reconocido á dos de sus amigos del círculo que estaban bebiendo cerveza inglesa y fumando cigarrillos.

—¡Cómo! ¿Son ustedes? dijo. ¿Que hacen ustedes aquí?

—Esperamos á la señora de Olifaunt y á Thauziat que han entrado en la iglesia, y luego volveremos á casa de Lereboulley.

La frente de Luis se entenebreció. En la iglesia era donde él debía encontrar á Elena y Emilia. Así, pues, las dos jóvenes se habían encontrado frente á frente con Diana y Clemente. ¿Se trataba de un encuentro casual ó de un plan preconcebido? Pensando en esto se modificó su primera impresión, que había sido mala. ¿No había de llegar un día en que se vieran? ¿No había de desaparecer alguna vez la frialdad de Thauziat y renovarse su antigua amistad? ¿Y en este caso, no era mejor reconciliarse lo más pronto posible?

Pero recordaba las disposiciones hostiles de Elena y su oposición siempre que se había hablado de la probabilidad de reconciliación, y no sabía qué actitud tomar con Diana y Clemente. En cuanto á Diana no le daba cuidado. Elena no había sospechado nunca su principio de intriga con ella. Pero ¿y Clemente? No se sintió celoso, ni poco ni mucho, al pensar que el que tanto había amado á su mujer estaba cerca de ella. Su tranquilidad era completa. Estaba muy seguro de la firme razón de Elena para experimentar la menor inquietud. Esta fué una gran desgracia para ella. Si Luis hubiera estado menos seguro de su mujer, se hubiese impuesto el mayor empeño en evitar un peligro probable. Habría alejado á Thauziat y á Diana. No pensó en ello, ni remotamente, y en aquella circunstancia en que una mujer ligera y frívola hubiera sido protegida, Elena quedó indefensa por

razón de su superioridad moral. Viendo llegar á Diana y Clemente, Luis les salió al encuentro:

—¡Vaya! Habremos visto á toda la familia, dijo aquélla, porque después de la madre y el hijo, aquí está el padre. Buenas tardes, señor de Hé-rault, el matrimonio le sienta á usted á maravilla... está usted fresco como una rosa. Vamos, Thauziat, no ponga usted mala cara y dé honradamente la mano á su amigo, que hace un minuto le tiende la suya.

Clemente quedó suspenso, mudo ante aquella mano que se le ofrecía franca y cordialmente. Repugnaba á su lealtad tomarla. Hasta entonces había sabido mantenerse á distancia de Luis sin manifestarle sus sentimientos. Había dicho á Elena que no podría verla suya sin odiarle. ¿Le odiaba? No. El odio, tratándose de un sér tan débil, era demasiado para el alma altiva de Thauziat. Pero se alejaba de él por instinto. Se sentía muy superior al joven para quererle mal; pero deseaba no hallarle ni tener nada que ver con él. Y de repente se encontraba en su presencia, sin poder evitarlo. Entre Luis y él no había más distancia que aquella mano que miraba sin atreverse á tocarla. Si le doy la mano, pensaba, le engañaré, porque no podré volverle mi antigua amistad. Seré un traidor y un hipócrita. Si no se la doy he de renunciar á acercarme á Elena, y sin verla, sin hablarla, no puedo vivir. De un lado una infamia, de otro la desesperación. En su conciencia, trabaron ruda batalla el amor y la altivez. Hizo un gesto de cólera, palideció ligeramente y el amor triunfó.

Luis tendía la mano á Clemente, pero miraba á Diana, y nunca le había parecido tan bella. Su talle elegante y flexible, modelado en su amazona, se erguía voluptuosamente, y bajo el sombrero gris puesto sobre su rubia cabellera con una coquetería provocativa, resplandecían sus ojos azules. Sus labios entreabiertos dejaban ver los dientes pequeños y perfectamente cuidados y su sonrisa á la vez tierna y burlesca. El recuerdo del beso que había cambiado con aquella mujer adorable, la noche de la fiesta, hizo estremecer á Luis hasta el fondo de sus entrañas. En un momento olvidó á Thauziat y olvidó á Elena; su corazón latió con violencia y no vió más que aquella Diana perversa y encantadora, cuyo amor debía causar un delirio atroz y delicioso á un tiempo. La mano de Thauziat tocando la suya le sacó de su éxtasis. Estrechó y retuvo aquella mano, diciendo:

—¿No me la volverás á retirar? Prométeme olvidar todo lo que nos ha separado.

Clemente bajó la cabeza y murmuró:

—Todo.

—¡Oh! Yo te conozco, dijo Luis, y sabía que tu despecho no podía durar mucho. ¿Has visto á Elena en la iglesia? ¿La has hablado? Yo os reconciliaré y seréis buenos amigos... Oye, mi querido Clemente, es una excelente madre de familia. Nosotros somos verdaderos burgueses. Nuestro modo de vivir carecería de grandeza y de relieve para tí. Además, tú no has nacido para casado... Has tenido el capricho de intentarlo, pero debes considerarte dichoso por no haberlo conseguido,

Las águilas como tú no pueden tener las alas atadas
Un pobre gallo como tu servidor, pase..., y toda-
vía...

—¡Y todavía! ¡Oye usted esto? dijo alegremente
Diana.

A medida que Luis hablaba, se dibujaba un plie-
gue sardónico en la boca de Thauziat. Su amigo
había querido adormecer sus rencores, y no había
logrado más que excitar una desdeñosa compasión?
¿Era así como aquel hombre apreciaba su dicha.
¿Era aquél el caso que hacía de una mujer adora-
ble, cuya posesión hubiera debido enorgullecerle?
¡Una buena madre de familia! ¡Un par de burgue-
ses! ¡Como en las más vulgares comedias de magia,
el carro de triunfo convertido en marmital

—Pues bien, mi querido señor de Hérault, aho-
ra que usted nos ha pintado ese delicioso cuadro
de su felicidad, dijo la señora de Olifaunt con gra-
vedad, reciba usted nuestra enhorabuena. Es segu-
ro que no tiene usted nada que echar de menos de
su existencia pasada.

—Tal vez—dijo Luis, devorando con los ojos a la
bella inglesa.

—¡No, no! ¡Nada! Sería usted el más abomina-
ble de los ingratos. Tiene usted la seguridad del
corazón, la regularidad de la existencia. Los gran-
des desórdenes de la pasión no son de su reperto-
rio, al revés de lo que decía usted hace poco tan
ingeniosamente á Thauziat. Conserven ustedes los
pies calientes y la cabeza fría para llegar á viejos.

—Se burla usted de mí, señora, pero nada ten-
go que decir. Está usted en su derecho.

—Es usted muy amable en concedérmelo

—Usted sería capaz de tomárselo.

—Yo suelo tomar todo lo que me place.

Al decir estas palabras miraba á Luis con su len-
te, con los ojos medio cerrados y la boca fruncida
por un mohín de coquetería.

—No vaya usted á creer que lo digo por usted—
añadió con impertinencia. Además, con usted ya
no se cuenta... Está usted atado por la patita.

—No estoy tan encadenado como usted se figu-
ra—replicó él con viveza. ¿Me autoriza usted para
ir á verla?

—No, no por cierto. Siga usted arrullando en su
palomar. Thauziat, usted es testigo de que me nie-
go á recibir al señor.

—Iré á pesar de usted—replicó riendo. ¿Pero
seré tan culpable que usted no me reciba?...

—No lo espere usted.

Diana pasó delante de él enseñando bajo su fal-
da recogida una botita de charol, cuyo tacón re-
sonaba con fuerza en el piso.

—Vamos, señores, bastante hemos charlado, y
aún tenemos que andar una legua larga.

Y al decir esto se acercó á los caballos. Luis, sin
pedirla permiso, la cogió por la cintura, la levantó
y la puso en la silla. Ella le miró desde su altura
y dijo, siempre con su irritante sonrisa:

—¡Calle! Es usted más vigoroso de lo que yo
creía.

Recogió las riendas, tocó al caballo y, saludando
á Luis con la mano, partió al trote en medio de una
nube de polvo.

—Hasta la vista, Thauziat. Adiós, señores—gritó Hérault.

Y solo en medio de la plaza, con los ojos encendidos y la sangre hirviendo, exhaló un suspiro y entró en la iglesia.

Por el camino Diana iba al lado de Thauziat, y los dos callaron un buen rato. Por fin la señora de Olifaunt dijo á su acompañante:

—Ya está usted reconciliado con Luis, al menos en la apariencia. Más vale así. Se iba usted poniendo tenebroso.

Clemente contestó á su amiga con rostro sombrío como la noche.

—He mentido doblemente, Diana, por la acción y por la palabra. He dado la mano á Luis y le he dicho que todo estaba olvidado. Es la primera vez que cometo una cobardía, y padezco horriblemente.

—¡Exageración! En amor todo es lícito. ¿Ha visto usted cómo su Pilades le enseñaba con el ejemplo? Si yo hubiese querido se hubiera venido á comer con nosotros. Ha hecho traición á su mujer con el pensamiento lo menos diez veces en los cinco minutos que ha estado á nuestro lado. ¿Y tendría usted escrúpulos?... Es usted demasiado romántico.. Sea usted de su siglo... La moral no es moneda corriente, y sólo los imbéciles son virtuosos.

—Yo no tenía más que una religión: el honor—dijo Thauziat con voz ahogada—y he faltado á él.

—Su religión de usted es el amor que profesa á una mujer. ¡No es el amor el móvil supremo de las

acciones humanas? Todo lo que se hace verdaderamente grande, hasta en la infancia, se hace por amor. Sepa usted sobreponerse á lo vulgar, mi querido Clemente. Hay cierta categoría de seres vivientes para los cuales no pueden regir los principios generales que rigen para todo el mundo. ¿Se dejará usted agarrotar por lazos morales que no existen sino porque usted quiere que existan? ¿De qué serviría ser superior á los demás hombres si se doblara uno al mismo yugo? Rompa usted sus trabas y tenga su gusto como única regla. Es lo que yo hice hace mucho tiempo y no me arrepiento. Después de todo no hay más que una cosa que considerar: ¿ama usted?

—Como un insensato.

—Pues recuerde usted que hace más de un año le dije que sería rival de Luis Hérault. Parece que presentía el porvenir. Usted entonces me dijo riendo: «Ese día se lo devolveré á usted; esa será mi venganza.» Ese día ha llegado, pero quiero tener consideración con la conciencia de usted, que es meticulosa. No le pediré que me devuelva á Luis. Ya sabré tomármelo yo sola. Y cuando usted vea á la hermosa madona engañada por el hombre á quien ha sido usted sacrificado, es probable que toda esa virtud huya definitivamente al cielo y deje usted de ser un ángel para volver á ser un hombre.

—Diana—exclamó con energía Clemente—la prohibo á usted...

—¡Chist!—dijo ella cortándole la palabra—á una mujer no se la prohíbe nada.

Y como Thauziat quería hablar, añadió:

—Calle usted; esos señores se acercan y podrían oírnos.

Luego terminó el diálogo diciéndole en voz muy baja:

—Cuando la mujer que usted ama esté en sus brazos, acuérdesese usted de que Diana la habrá llevado á ellos.

VIII

Al llegar el Otoño se renundaron los grandes negocios. Lereboulley, Thauziat y Hérault, más unidos que nunca, establecían las primeras bases para fundar la sociedad del cable, y celebraban frecuentes conferencias en el despacho del banquero. Antes de empeñarse definitivamente en aquella importante empresa había por resolver cuestiones muy graves. Las Sociedades inglesas se habían alarmado con aquella tentativa de competencia, y siendo poderosas y estando además en posesión del tráfico, se disponían á entablar una lucha desesperada contra la explotación francesa. Había que contar con una rebaja en los precios de transmisión y por consecuencia establecer el cable en tales condiciones económicas que se pudiera no sólo combatir sino vencer. Esto al menos era lo que Luis explicaba á su mujer, con un lujo de detalles y una prolijidad de apreciaciones que daban á Elena una alta idea de los trabajos que se preparaban.

Sin embargo, la insistencia con que hablaba á todas horas de este asunto, achacando á su estudio